

EL ALMA DE GARIBAY

Semanario humorístico Oscense

Director D. Fulano de Tal

La correspondencia á D. Raimundo Rodríguez
Plaza de Urriés, número 1

Redactores los que vayan saliendo

Verá la luz cuando lo dejen, pero deseando ser leído de *títuli mundi* hará lo posible por salir á la calle los domingos antes de las once, aunque no haya salido el sol, para aprovechar el de canso dominical de sus lectores.

Precio de cada número, cinco miserables céntimos, o sea el precio de dos churros.

Los números atrasados se rebajarán de precio, no sea que se raneien y después no los quieran por ningún dinero.

Para fuera de la capital bastará que los curiosos que nos quieran leer remitan á nuestro Administrador en sellos de correo o como Dios les dé á entender, cinco reales ó *sease* una peseta columnaria y tendrán buen humor un día á la ser ana por espacio de medio año. Si ustedes piden mas, no tengo inconveniente en afirmar que son unos gorriones.

A los reparidores que nos pidan 25 números, se les hará la rebaja de costumbre.

PROPÓSITOS DE ESTA PUBLICACION

Los mejores del mundo, puesto que tratará de instruir deleitando, combatiendo de paso todo lo malo que, á juicio suyo, haya en la capital y su provincia, como, por ejemplo, el caciquismo que divide en castas y razas á los nobles descendientes de D. Ramiro.

Se admite la colaboración de cuantos estén identificados con el programa que antecede, siempre que no lo hagan en serio, porque para caras serias ya tiene suficiente el Director con la de su suegra.

LOS BOTAFUMEIROS DE CAMO

Buen número, por su mérito tipográfico, habría sido *El Diario* de Camo, correspondiente al 10 de este mes, si no se hubiera cometido el sacrilegio de poner la imagen de nuestro patrón San Lorenzo por cobertera de cosas tan malas y repugnantes como el caciquismo y el anticlericalismo. No sin cierta travesura, Camo se amañó para que el tal número le resultase un jolgorio, juerga, jaleo (elijan ustedes) vaya, algo así como un homenaje, aunque sólo sirviese *pour rire*.

Y lo consiguió en toda la extensión de la palabra, alistándose cierto número de botafumeiros, algunos de ellos mejores que el Santón, la verdad sea dicha, pero que todos juntos representaron un entremés de honra dada y recibida, que nos la claven en la frente.

La cosa fué así. Los botafumeiros formaban una media compañía al mando del furriel del trust de la prensa madrileña, D. Miguel Moya, señor tan fresco que apechuga con la representación en Cortes de un cacique, y que, según dicen es un republicano suelto (nadie se fía de estos sueltos) muy *gobernudo* donde quiera que no andan por las vueltas Maura ó Lacierva. En dicha compañía hay de todo, figurones, figuras y figuritas de varias clases, un personaje, personalidades, personas y personitas; en fin, todo un pisto manchego, empezando por D. Segismundo que, á pesar de ser un señor tan superferolítico, ni sabe ni puede regir su partido sin la vil cooperación de caciques y anticlericales, y concluyendo por el divertido sonetista Darío Pérez, que hace las delicias de los círculos más impiótes y modernistas de Madrid, y con el cual bien se pueden emparejar Picón y Bustamante, Dicenta, etc., atroces en librepienso y pornografía.

Basta, no sigamos adelante, tapa, chico, tapa. ¿A qué vamos á meternos en lucha con intereses creados, con servilismos heredados, con disciplinas de pandilla y con ligerezas inconscientes, de las cuales tan acabada muestra nos han dado en esta ocasión nuestros paisanos Pañaiso y Salillas, quienes no parece que viven á

pocas, sino á mil leguas de distancia de su tierra?

Pero inadvertidamente nos íbamos poniendo serios, y no debemos olvidar de que estamos en plena comedia; á la escena, pues. Esta se desarrolla en la plaza de Zaragoza de la siguiente vistosa manera:

Aparece Camo en la terraza de su casino, propio y adecuado santuario de tal Santón, mientras que por el otro lado viene en correcta formación el pelotón de botafumeiros, mandado por el furriel Moya. Llega éste rebosando entusiasmo por todas sus coyunturas, y en el momento solemne, después de una profunda zalema que le envidiaría cualquier marroquí para regalársela á Muley Hafid, se vuelve á los suyos y con voz estentórea dice:

—A la una, á las dos, á las tres; ¡arriba botafumeiros!

—¡Espectáculo emocionante, rimbombante y aplastante! Señores, ¡qué barbaridad de humareda! Ni los demonios la disipan. No nos vemos unos á otros.

EL ALMA DE GARIBAY que, á pesar de su íntima convicción de que en esta comedia no saldría el argumento, había asistido, no por curiosidad, ni menos por gusto, sino por razón de oficio, para reponerse del susto, dijo:

—Moret, Moya ¿ven ustedes algo?

—Ni una gota, pero espere usted que ahora verá el milagro.

—¡Quia!

—No sea usted tan duro de pelar... Ya se va columbrando el busto... ya... ya se va viendo claro... ¡Ajaja! ahí lo tiene usted, orondo, riente, palpitante de emoción, renovado, abillantado, enaltecido ¿no ve usted cómo hasta su cabeza hundida entre los hombros, sus piernas rígidas, su apostura empinada, le dan cierta majestad hierática?

—Conque todo eso ven ustedes en el Santón?

—Sí, señor.

—Pues EL ALMA DE GARIBAY les dice á ustedes lo que dijo otro aragonés del siglo de oro:

¡Lástima grande

Que no sea verdad tanta belleza!

Sr. Moret, Sr. Moya, vengan ustedes acá con toda su ralea botafumeira. Miren, fíjense bien en su Santón. Está con las mismísimas manchas que antes lo afeaban. Si no les basta un sentido para enterarse empleen dos. Acérquense ustedes. ¿A qué huele eso? No á ámbar, sino á cuernos quemados de caciquismo y anticlericalismo.

Conste, pues, que al Santón nos lo han dejado ustedes tan antipático y tan malito como antes estaba; peor todavía, según ciertas malas compañías que ahora le estamos descubriendo. Vayan ustedes, por lo tanto, con el cuento á quien esa farsa le convenga, ó por torpe no sea capaz de entenderla.

Ustedes pensaron así: «Allá hay un país tan rebajado y desconceptuado que ha hecho posible en él un caciquismo ya muy añejo, y cuyo Santón se muestra siempre, pronto y bien mandado, y hasta gratuito, pues no parece sino que nos sirve sólo por amor al arte, esto es, sin que nosotros tengamos que darle nada, ni siquiera por el buen parecer, el cual Santón nos aprovecha á maravilla en todos los menesteres de nuestra política, aunque sean inmorales é irreligiosos. Al cabo de los años se nos va descascarillando, y de día en día sus manchas se van haciendo más visibles, y por lo tanto más repugnantes. Corramos, pues, en auxilio de aquel benemérito Santón, restaurémoslo, démosle una mano de barniz, envolvámosle en un sahumero de lisonjas y adulaciones, cuanto más estúpidas mejor, finjamos sus homenajes de pantomima, y aquellas pobres gentes encacicadas se quedarán con un palmo de boca abierta, y nuestra obra será como Abril lluvioso que saca á Mayo florido y hermoso, y en fin, un negocio redondo».

No, por Dios, señores botafumeiros. Ni redondo, ni cuadrado, ni corto ni largo, ni ancho ni estrecho. ¿No es para desternillarse de risa el ver á tan finchados y empingorotados señores, como son ustedes, convertirse de repente en fumistas, perfumistas y quitamanchas para venir á remozar en olor y en color al Santón que se venera en el casino de nuestra plaza de Zaragoza? Y ¿no es un colmo la especie de retablo de Maese Pedro que nos ofrecen el D. Segismundo y el D. Miguel, hechos, como por ensalmo, unos quitamanchas, no para quitar, que eso sería laudable, sino para disimular (obra de pillines) agotando todos los recursos del arte, ciertas manchas, siendo así que el primero, en su tráfigo político, del caciquismo vive, y el segundo con la impie... de los lectores de su periódico engorda?

Vaya, vaya; concluyamos ya, y á casa.

Cuanto á las cintas con que han pretendido adornar al Santón, nosotros, para dejarlo en lo que vale y en lo que pesa, no tenemos que hacer más que lo que hizo Quevedo en un caso semejante, con el doctor don Blas Pérez de Montalbán, diciéndole:

El doctor tú te lo pones,
el Montalbán no lo tienes;
conque en quitándote el don
vienes á quedar Blas Pérez.

Cuanto á los botafumeiros, fracaso monumental. Su labor sólo es comparable con la de Cascaciruelas que trabajó mucho y no hizo nada.

Pero seamos justos en todo. Dígase lo que se quiera, nadie puede negar que, como *tañedores*, nos han resultado muy buenos, hasta el punto de que, aunque fuera de programa, ellos nos han proporcionado el número más regocijado de nuestras fiestas patronales. No seríamos gente de gusto, si los dejáramos marchar sin contratarlos para el año que viene por lo que quieran pedir.

Despidámoslos, pues, con todo el efusivo cariño de que somos capaces.

—Descansen ustedes, señores, y duerman gozosos sobre sus laureles. Memorias á la familia. Bien idos sean ustedes, señores... EL ALMA DE GARIBAY, y con ella cuanto hay de más buen sentido y de más sana conciencia en Huesca los saluda... Adiós, adiós... ¡Ja, ja, ja!

A la señorita MAGDALENA S. FUENTES

Hemos leído en el papel de Camo del día 10 del actual mes un artículo firmado por usted, bellísimo por su forma literaria, interesante por su espíritu de moral patriótica y utilísimo y práctico por su tendencia pedagógica. Lo hemos leído con delectación morosa, pero al mismo tiempo con pena y extrañeza, por las razones que brevemente expondremos con toda la lisura aragonesa y con toda sinceridad cristiana.

Señorita, ni su escrito ni su firma están bien en la insinuada publicación. Esta es órgano del *caciquismo* que tanto malestar produce en el país con su cortejo de injusticias, violencias y morales degradaciones; y lo que todavía es peor, órgano también del *anticlericalismo*, máscara farisaica con que hoy día se pretende ocultar la repugnante catadura de la irreligión desde la más tímida hasta la más desaforada.

Ya hace muchos años que está definitivamente condenada por la opinión católica más autorizada. Los católicos ilustrados y timoratos no la leen, sino cuando los apremia la necesidad, de combatir sus erróneas doctrinas y sus tendencias corruptoras, habitualmente nunca. Sólo la leen aquellos pobres católicos, por desgracia sobrado numerosos, que por su ignorancia, su carencia de educación cristiana, agobios económicos y de familia, impulsos de la ambición, pusilanimidad de espíritus ó vida ligera y disipada, padecen, en poco ó en mucho, de falta de criterio y de buen sentido religioso. Con los cuales lectores deben sumarse los enfrascados en el susodicho negocio y los sectarios, unos y otros, natural y lógicamente propugnadores, sostenedores y propagadores de tan funesta publicación.

Por estos antecedentes fácilmente puede conocerse que alcanzamos unos tiempos muy difíciles, señorita; tiempos en que es tan grande la confusión entre lo sagrado y lo profano, entre los intereses legítimos y los ilegítimos, que sino extremamos nuestra vigilancia, y no procuramos agarrarnos al consejo de personalidades prudentes, sabias y temerosas de Dios, aun en cosas, al parecer, de poca monta, todos estamos expuestos á tropezar en medio de las tinieblas palpables que nos rodean, pudiéndose dar el caso de que hasta los actos ejecutados con la más sana intención, con la intención laudabilísima de instruir y educar, en ciertos sitios y determinadas circunstancias, resulten, contra nuestra voluntad, un mal ejemplo.

Sírvase usted, señorita, aceptar estas indicaciones sobre las que llamamos su atención, como un obsequio que deseamos hacerle, no sólo por nuestra obligación de periodistas católicos, sino porque participamos del general y singular cariño que á usted profesa la ciudad entera, y sentimos admiración por sus virtudes, ilustración y talentos.

Y no menos participamos de la indignación que usted habrá experimentado al ver el inverecundo soneto que se ha puesto debajo y á segui-

da de una firma tan prestigiosa como la de usted, digna de toda clase de consideraciones.

DE MI CARTERA

DESENGANTO

Oí referir á un amigo la siguiente anécdota que el número extraordinario de *El Diario de Huesca* trae á mi memoria.

Hospedado, juntamente con otros, en uno de los hoteles de Roma, á donde habían ido en peregrinación, les fué servido un plato que encontraron excelente y sabrosísimo, tanto que, para aclimatarlo, sin duda, en la modesta cocina de su país natal, se atrevió á preguntar al camarero, qué era aquello que habían comido y cómo estaba condimentado. El camarero, con la mayor sencillez y naturalidad, le contestó que el sabroso plato, tan del gusto de los huéspedes, eran chuletas de caballo. Oír aquello mi amigo y los demás comensales y comenzar una revolución violenta en el estómago y provocar hasta los intestinos y preparar las maletas para regresar á España, huyendo de la muerte que contemplaban, escondida y amenazadora, en todos los hoteles y fondas de la ciudad de los Papas, fué cosa de un momento. Hasta que se vieron en alta mar, mecidos y arrullados por las mansas y transparentes olas, no se creyeron libres de las caricias de la terrible Parca.

Yo también me recreaba y refocilaba con el número *nomato* de *El Diario*. Un mes no escaso de anunciarlo todos los días, el aperitivo de las firmas de los prohombres políticos y de los grandes maestros del periodismo, la gran tirada de diez mil ejemplares, como si se tratara de un prodigio cien veces mayor que el descubrimiento de la dirección de los globos, y de un modo especial los equilibrios volatinescos que tenía en perspectiva de esos grandes hombres de la política y las letras para loar á San Lorenzo, sin perder una hilacha de su indumentaria liberal, constituían para mí, pequeño filósofo, un plato favorito, jamás soñado por la cocina francesa.

¿Qué significaban las antilogias y las diferencias de escuela de un Malebranche con un Descartes, de un Condillac con un Kant, de un Sanseverino con un Krause, de un Menéndez Pelayo con un Salmerón, de un León XIII con un Tolstoi, comparados con las antilogias y diferencias esenciales de escuela de un Moret, un Vicenti, un Moya, un Zozaya, un Picón, piquetas demolidoras en la política y en las letras para des-cristianizar á España, con un Moret, un Vicenti, un Moya, un Zozaya y un Picón cantando las glorias del cristianismo y loando á los mártires de la fe?

Ni un niño que espera el juguete prometido por el padre, estaba más impaciente que yo esperando el anunciado y famoso *Diario de Huesca*.

Ya está en mis manos; rompo la faja, lo desdoble y un grito de admiración sale de mis labios al contemplar la hermosa portada que dibujó el lápiz de Gascón de Gotor. No me había equivocado en mis cálculos. *El Diario* había abandonado, por un toque de la gracia divina, el antiguo camino de sus errores políticos y religiosos y la vieja herrumbre de sus diatribas y calumnias al Prelado de la Diócesis, de su maquiavelismo y volterianismo al tratar las cosas de la Iglesia, arrumbada quedaba en el *Spoliarium*, levantado por las nobles iniciativas y generosas aspiraciones de las mesnadas de Camo, al cambiar de vida y de ropaje.

Vuelvo las hojas de anuncios y al llegar á la editorial, otro grito más agudo y penetrante se escapa de mi pecho. ¡Divino cielo! ¿qué es esto? ¿qué veo? ¿Moya convertido en San Lorenzo? ¿Moya elevado á los altares? ¿Moya patrón de Huesca? ¿por Moya y para Moya, festejos, iluminaciones, funciones religiosas y cívicas y números extraordinarios con portadas religiosas para cubrir mercancías averiadas y cazar incautos?

Leamos: «A D. Miguel Moya, maestro insigne de periodistas é ilustre Diputado á Cortes por Huesca dedicamos el presente número en prueba de admiración por su reciente campaña patriótica y liberal y en testimonio del cariño o acendrado que le profesa

La Redacción.»

Entonces me acordé de la anécdota de mi amigo, porque sentí en mi estómago revolución y asqueo como nunca había experimentado. Era aquello peor que el timo del portugués, que dar gato por liebre y carne de caballo por plato bien condimentado y sabroso. Era aquello la baba del reptil mancillando la pureza de nuestras creencias y poniendo el *inri* del escarnio y de la mofa sobre las tradiciones religiosas de una ciudad culta y noble. Era la pata de un cacique haciendo voltear la libertad de un pueblo y una raza que podría ser independiente y quiere vivir esclavo. Era el salibazo de la grosería, erigido por la voluntad omnívota de un hombre, en signo y bandera de cultura, civilización y progreso.

Muchas páginas hay en mi cartera; acerca de ese número, padrón de ignominia para Huesca y su provincia, que ya irán viendo la luz en nuestro pequeño semanario.

SOCRATILLO.

DESPUÉS DE LAS FIESTAS

Grande era la ansiedad de nuestro pueblo de ejecutar por el orden que estaba anunciado el programa de festejos que para honrar al Santo Patrono San Lorenzo y con sobrado tiempo por delante formulara la Cámara de Comercio de la capital, cuyos elevados propósitos, mirados bajo el punto de vista cultural y utilitario, no podemos menos de encomiar.

Todos sabemos, ¿quién no lo ve y lo palpa? que para dar señales de vida hay que moverse en algún sentido; y que pueblo que se estaciona pierde insensiblemente las energías y, por fin, muere; pero muere, no con la muerte que respeta algo, por inmortal, y pasa al dominio de ultratumba, sino con la muerte que sólo deja un recuerdo, poco envidiable por cierto: el recuerdo de su propia estupidez.

Hemos recorrido alegre y marcialmente el campo donde se ha desarrollado aquel programa y, como cuerpo en movimiento, que cede ante obstáculo insuperable, nos hallamos de nuevo en completo estado de reposo. ¿No habrá otro talismán, que no sean las fiestas, por el cual se vigoricen nuestras fuerzas, se aumenten nuestras energías, y en campo más dilatado empleemos unas y otras, sin limitación de tiempo y en geométrica progresión de perfectibilidad y aprovechamiento?

No se oculta á la discreción de los señores que constituyen la Junta directiva de la Cámara de Comercio que efectivamente existe ese talismán, por virtud del cual acometen, gestionan y resuelven sus particulares negocios; y ese talismán lo constituyen la noble y recta intención, el trabajo asiduo y la imperturbable constancia.

Tenga presente la Cámara que está obligada en conciencia á procurar el bien de todos los asociados y de la ciudad, cuya representación ostenta; y no olvide que en la defensa y promoción de los intereses generales del pueblo estriba la dicha y bienandanza de los individuos.

Una dolorosa experiencia nos confirma y demuestra que aun para las cosas pequeñas se suelen oponer grandes dificultades; ¿mas por eso hemos de cruzarnos de brazos y permitir que lentamente nos consumamos y poco á poco elaboren los enemigos nuestro epitafio?

Cuando en un pueblo ven la conveniencia de un camino vecinal ó carretera que les permita exportar ó importar cómodamente lo que les sobra ó falta, no reparan en nimiedades: cortan árboles, destruyen muros, dividen las propiedades rústicas y urbanas...: todo lo sacrifican en aras del bien general.

De la misma manera debe conducirse la Cámara de Comercio cuando de defender y acrecentar los intereses generales se trata. Sin miras, acomodamientos ni temores... á Roma por todo. *Salus populi suprema lex est*; y Huesca la necesita si ha de vivir.

Pero volvamos á nuestro intento, que es seguir hablando de nuestro programa de fiestas.

Al llegar á nuestras manos el primer ejemplar, notamos con extrañeza una omisión y es la de que aumentándose tan pródigamente los números de los festejos profanos, bien valía la pena que á nuestro invicto Mártir le hubiesen dedicado uno religioso sobre los que desde antiguo vienen tributándole la Iglesia y Municipio oscenses.

También cuentan malas lenguas que en el revuelto mar de concupiscencias y ambiciones en que, sin rumbo fijo, se mueve la nave donde se alberga gran parte de la *población flotante* de nuestras *cultas ciudades*, se han representado escenas poco edificantes, de las que no ha salido bien librado algún homónimo del tío del guitarrico. Y si eso es cierto, ¿dónde estaban los vigías de los puertos que no se han dado cuenta de la aparición de esa nave, cuanto menos de lo ocurrido en ella? ¿Será que abandonaron sus puestos ó ahumaron los lentes para que los relámpagos de próxima, inminente tormenta no hirieran con siniestros fulgores sus delicadas pupilas? ¿O es que por entonces les encomendara otro servicio más urgente la Superioridad? Cualquiera de estas causas nos explica satisfactoriamente el fenómeno; pero no dejamos de sentir lo *á copas* que nos hemos quedado todos tratándose de un servicio marítimo de la importancia del que nos estamos ocupando.

Ya se ve, no faltarían otros *vigías profanos* que presenciaran las evoluciones en curso, propias de embarcación de incierto destino; pero su testimonio carece de fuerza y valor desde el momento que no procede del personal técnico, único capaz de llevar estos menesteres para una fidedigna información. Ello no obstante, nosotros nos hemos hecho eco de ese *run, run*, que de boca iba corriendo en tertulias y corrillos, y lo trasladamos á nuestras columnas con toda fidelidad, tal como llegó á nuestros oídos.

Por hoy no decimos más, reservándonos hacer los comentarios más adelante, si el tiempo y el espacio no lo impidieren y las circunstancias los pudieren reclamar. Y concluimos ofreciendo á la Cámara de Comercio y á los representantes de la ley en todos los órdenes, nuestro modesto concurso para todo cuanto tienda al fomento de los intereses religiosos, morales y materiales de Huesca y su provincia.

CHIRIGOTAS

Decía un periódico local, reseñando nuestras últimas fiestas:

Son las siete de la tarde.

*Cuesta trabajo andar por el paseo de la estación; el público, que lo invade todo, espera la llegada del tren de Zaragoza; qué mujeres tan bonitas (siempre se desajera), qué caras (en esto si que tienes razón, porque en la actualidad cuesta cada mujer, á su padre, ó á su marido, un ojo de la cara. He ahí la causa del por qué se quedan, más de cuatro, para vestir imágenes, y ni aun para esto sirven, por falta de tiempo, pues lo necesitan todo para vestirse ellas.) qué alegría (¿lo véis, cómo tengo razón? ¡Y que no se marcha dinero con la tal elegancia!), qué cuerpos (sí, ¡muy jacarandosos! pero que quizá sean pasto de los gusanos antes de pagar en la tienda los cintajos con que se adornan. Si meditara en esto, tres veces al día, el periodista (?) que tales vaciedades fué vaciando, el 11 del actual, acaso no se entusiasmara tanto con tales cuerpos que al hacer del ídem, en singular, retratan en aquellas escorias lo que más tarde han de ser por mucho que se atavien en la actualidad), qué distinción... (¿distinción? ¿De quién se distinguen? Precisamente vengo yo observando, hace muchos años, que hay una confusión más espantosa en esto de las jerarquías que en lo de los duros sevillanos, y sino, veamos quién es el majo que se atreve á distinguir en la calle á una marquesa de una modistilla; pero, ¿qué digo? ¿En la calle? ¡Ni en casa! No hace todavía siete meses que un amigo mío se vió precisado á visitar á otro, que lo era de los dos, por asuntos de su profesión, y al hacer sonar el timbre, abrióle la puerta una elegantísima señorita, al parecer, á la que saludó correctísimamente, agregando al saludo una aristocrática inclinación de la columna vertebral; una vez celebrada la entrevista con el dueño de la casa se atrevió á preguntar á éste el visitante si era hija suya aquella señorita de quien había tenido el honor de ser recibido y contestóle sonriendo afablemente: no, señor, es la muchacha. Vengan, pues, ahora los cronistas de salones á hablarnos de personas de distinción y nos reiremos en sus barbas). Hablando más adelante de la función teatral, añade: *La sala rebosa de bellezas*. (La feas debieron quedarse en casa, é hicieron bien, para que no les tomase el pelo este reporter, como hace con las guapas, á las que no deja en paz ni á sol ni á sombra).*

NOTAS SUELTAS

Tenemos detenidas, hace muchos días, unas «Homónimas» que insertaremos cuando haya espacio.

Hemos recibido también un articulito titulado «Verdades históricas», al que falta un requisito para su inserción, y es la firma de su autor.

Imp. y Centro de Modelación impresa para Ayuntamientos
Juzgados y demás oficinas

HUESCA.—FAUSTINO GAMBÓN.—HUESCA

Plaza de Camo (antes Zaragoza)